

# **Las tesis Viñas, la Organización Comunista Poder Obrero y la cuestión agraria en los 70: una lectura a contracorriente de la izquierda argentina.**

Lissandrello, Guido, Costilla, Ana.

Cita:

Lissandrello, Guido, Costilla, Ana (2017). *Las tesis Viñas, la Organización Comunista Poder Obrero y la cuestión agraria en los 70: una lectura a contracorriente de la izquierda argentina*. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/453>

## **Las tesis Viñas, la Organización Comunista Poder Obrero y la cuestión agraria en los 70: Una lectura a contracorriente de la izquierda argentina**

Ana Costilla (UNQUI-CONICET, CEICS)

Guido Lissandrello (CEICS, UBA, CONICET)

PARA PUBLICAR EN ACTAS

Durante la década del '60 y '70 el campo argentino asistió a una serie de cambios sustanciales, signados fundamentalmente por las transformaciones productivas que permitieron el despegue de los niveles de producción y productividad agropecuarios. De resultas de este proceso, una gran cantidad de pequeños productores (sobre todo de las provincias de Chaco, Formosa y Misiones) entraron en crisis e iniciaron un movimiento de protesta motorizado por una forma organizativa particular: las Ligas Agrarias. Esto causó impacto en las organizaciones de izquierda que, desde 1969 con el Cordobazo y el ascenso de la lucha de clases, comenzaron a crecer y debieron sentar posición sobre la situación del agro.

Desde las organizaciones que se referenciaban en el peronismo de izquierda hasta las que se definían trotskistas, pasando por las guevaristas y maoístas, la interpretación de la cuestión agraria estuvo dominada por la defensa del sujeto campesino, al que se creía encontrar justamente en las Ligas Agrarias, y una consigna que le ofreciera una salida: la Reforma Agraria. Sin embargo, existieron posicionamientos contrarios que enfrentaron la pertinencia del concepto “campesino” y que rechazaron la necesidad de una reforma agraria: el exdirigente del Movimiento de Liberación Nacional, Ismael Viñas, y posteriormente la Organización Comunista Poder Obrero.

En esta ponencia reconstruimos la lectura que Viñas realizó sobre la cuestión agraria argentina –las relaciones sociales en el agro, su grado de tecnificación, las clases sociales–, y como ella tiñó el programa político y la intervención de la OCPO en los '70. Para ello nos basamos en la producción escrita de ambos observables (documentos internos, prensa y libros). Este análisis nos permite abonar al estudio de las organizaciones políticas de la etapa, iluminando un aspecto poco estudiado y generalmente eclipsado tras el debate sobre la lucha armada: los programas políticos que rivalizaron en la etapa.

## Las tesis Viñas

El nacimiento del programa político que va a encarnar la OCPO hacia mediados de los '70, puede ubicarse en una experiencia particular: la disolución del Movimiento de Liberación Nacional (MLN). Más conocido como Malena, fue una organización formada por intelectuales que, nacida a comienzos de los '60, elaboró y encarnó un programa de liberación nacional.<sup>1</sup> Hacia fines de la misma década, el MLN entró en crisis, lo cual se plasmó en expulsiones, cambios en la dirección nacional y, finalmente, en la autodisolución de la organización. Naturalmente, en ese proceso se enfrentaron líneas opuestas en diferentes aspectos: organizativos, estratégicos y programáticos. A los efectos de nuestro trabajo, nos interesa concentrarnos en este último punto, para situar la mirada en el proceso que llevó a Ismael Viñas (uno de los principales dirigentes del MLN) y a la regional cordobesa de la organización, a plantear que Argentina no tenía tareas democrático-burguesas pendientes, que era un país plenamente capitalista y que, por tanto, estaba planteada la revolución socialista. Las derivas de estas posiciones respecto al agro son centrales y sobre ellas nos concentraremos.

Los planteos de Viñas respecto al desarrollo del capitalismo agrario en la Argentina, si bien se esbozaron en aquella discusión, cristalizaron en 1973 en un libro titulado *Tierra y clase obrera*.<sup>2</sup> Tal como lo indica la introducción, ese trabajo tenía por objetivo determinar cuáles eran las relaciones de producción dominantes en el agro, a los efectos de definir si era predominantemente capitalista o pre-capitalista, adelantado o atrasado y cuál era la magnitud, si es que existían, de los elementos de atraso. Explícitamente el libro combatía las posiciones del Partido Comunista (PC), Vanguardia Comunista (VC) y el Partido Comunista Revolucionario (PCR). Todos partidos que defendían la imagen de un campo atrasado, que conllevaba la necesidad de que la clase obrera tomara a su cargo tareas propias de una revolución democrática o popular, como etapa previa a la construcción del socialismo. En oposición a ello, la tesis que defiende el autor es la siguiente:

“(…) el campo argentino es capitalista, aunque existan en él zonas de capitalismo altamente desarrollado y zonas de capitalismo de menor desarrollo, donde aún subsiste de forma predominante la producción mercantil simple basada en el trabajo personal del campesino, sin

---

<sup>1</sup>Véase: Pacheco, Julieta: *Nacional y popular*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2011.

<sup>2</sup>Viñas, Ismael: *Tierra y clase obrera*, Achával Solo, Buenos Aires, 1973. Hasta que se indique lo contrario todas las citas corresponden a este documento.

explotación de fuerza de trabajo asalariada. Pero aún en estos casos se trata de campesinos que producen para el mercado, es decir pequeño burgueses, y no de campesinos pre-capitalistas. Además, como se verá en el cuerpo del trabajo, tales campesinos constituyen una masa minoritaria en un agro donde predomina el asalariado y el empresario explota fuerza de trabajo que compra por un salario en dinero.”

Si bien Viñas no escapa a la utilización del término campesino, a renglón seguido aclara que no refiere ni a una realidad pre-capitalista, ni a una clase diferente de las que se desarrollan en el capitalismo. Sencillamente, alude a la pequeña burguesía. Las formas de economía de subsistencia serían más bien excepcionales y en la mayoría de los casos, combinadas con formas capitalistas, encarnadas por un campesinado pobre, es decir, un “semiasalariado que en ciertas épocas del año se emplea para tareas rurales de estación en empresas capitalistas”. Casos de ello serían los cañeros y obrajeros de Santiago del Estero y Formosa, o las economías de enclave en Jujuy. La relación de producción atrasada correspondería a una entrega de trabajo personal gratuito del campesino al señor de la tierra, que se presentaría aquí, y no por la contratación bajo la compulsión “que surge del funcionamiento del mercado, al cual concurre el campesino ‘libremente’”.

Todo lo que ha dicho la izquierda a la que el libro combate, sería resultado de errores conceptuales y malentendidos. Veamos aquellos que destaca Viñas y que a lo largo del trabajo irá desmontando.

El primero, sería asumir como signo de atraso el hecho de que el agro sea menos productivo que otros países. Baja productividad, sin embargo, no sería sinónimo de atraso, señala el autor, y ofrece pruebas: para el período 1935-1939 Estados Unidos producía 25 bushels de maíz y 13 de trigo, mientras que Argentina producía 29 y 14. Difícilmente pueda afirmarse, nos dice Viñas, que Estados Unidos no fuera capitalista en el período de entreguerras. El segundo signo equivocado de atraso, sería la existencia del latifundio, la mediería y la aparcería. Frente a ello, Viñas retoma la idea de las dos vías para el agro: la “democrática” o “farmer”, donde la tierra se repartió gratuitamente a pequeños agricultores (caso Francia o Estados Unidos) y la “prusiana” con grandes propietarios del suelo (caso Alemania, Italia y Rusia). En relación a la aparcería y mediería, recuerda las enseñanzas de Lenin, quien destacaba que el capitalismo no depende de la forma de propiedad y usufructo de la tierra, sino que lo característico del sistema es que encuentra diversas formas y las somete a su dominio. Incluso si se

compara índices de concentración, se observa que mientras que en Argentina el 1,95% de los establecimientos abarcan el 59,45% de la tierra, en Estados Unidos las cifras son de 1,9% establecimientos para el 40,3% de la tierra. Si bien el panorama no es exactamente el mismo, lo que queda demostrado es que el latifundio no es antitético al capitalismo.

Por otra parte, la baja capitalización del agro no respondería a la supervivencia latifundista, sino a un abanico más amplio de factores: la pervivencia del minifundio, la estructura de altos costos de la industria local -de tamaño antieconómico y con maquinaria obsoleta que obliga a la importación de maquinaria agrícola y productos químicos-, y la extracción de capitales producto de la situación de dependencia que caracterizaría al país. Todos ellos no serían sino factores que pueden superarse solo a partir de la liquidación del capitalismo, y la expropiación y colectivización de los medios de producción. Viñas suscribe la idea de que la defensa de la pequeña empresa es una actitud reaccionaria, que pretende volver atrás en la historia a los fines de repetir la dinámica histórica que se habría dado en países “desarrollados”.

En tercer lugar, tampoco sería signo de atraso la baja proporción de propietarios en relación a arrendatarios. Nuevamente, Viñas recurre a Marx y Lenin, para señalar que lo característico del capitalismo es la expropiación de la tierra en manos del productor directo, de modo que la relación es a la inversa: el dominio de los propietarios por sobre los arrendatarios es el signo de atraso. Cifras de Holanda y Estados Unidos mostrarían el aumento progresivo del arrendamiento y la caída del porcentaje de propietarios.

Otro signo equivocado de atraso sería la extensión de la pobreza en el agro. El empobrecimiento de los campesinos y su expulsión, no sería resultado de un campo poco capitalista, sino del propio desenvolvimiento del capital en el agro: “la pauperización y la proletarización constituyen acompañantes necesarios del capitalismo, y solo quienes consciente o inconscientemente hacen su apología pueden afirmar, aún implícitamente, lo contrario”.

Finalmente, el último signo de atraso sería la existencia de la renta absoluta de la tierra como mecanismo que trava el desarrollo del capitalismo al limitar la afluencia de capitales al campo. Viñas reconoce que esto sería cierto, pero que se olvida el hecho de que la propiedad privada del suelo es la base del capitalismo y que en la Argentina la tierra es de la burguesía y la pequeña burguesía, es decir, de clases capitalistas.

Todos estos errores de la izquierda conducirían a una defensa de la reforma agraria bajo el supuesto del carácter progresivo de la pequeña propiedad, y el campesinado sería

entonces una clase aliada fundamental. Esto no sería más que una confusión producto del intento de copiar acríticamente la experiencia rusa, asumiendo que el latifundio capitalista argentino es igual al latifundio feudal de la Rusia zarista. De resultados de ello, cuando partidos como VC, PCR o PC llaman a cumplir una etapa democrática para superar el atraso agrario “claro está que proponen alianzas con los campesinos ricos”. En oposición a ello, y recuperando el planteo del pleno desarrollo capitalista de nuestro país, Viñas sostiene que la lucha por el socialismo no tiene etapas intermedias, y que solo la pequeña burguesía pobre no explotadora, el campesino pobre y el semiproletariado, son las capas que pueden ser hegemónicas por ella. Señaladas las críticas a la visión de la izquierda, detengámonos ahora en analizar cómo ve Viñas el campo argentino.

*a. Un agro capitalista*

En el primer capítulo de su libro, Viñas señala que la izquierda ha tendido a tener una imagen estática del agro, historizando la evolución del agro hasta principios del siglo XX y congelando a partir de allí la imagen previa. De este modo, eluden los cambios profundos que comenzaron a operarse desde mediados de la década del '30. El resultado: un agro dominado por el latifundio, con escasa presencia de relaciones capitalistas. El pasado teñiría por completo la imagen presente del agro.

Siguiendo a Viñas, a comienzos de siglo no sería equivocado plantear la existencia de un predominio de relaciones no capitalistas en el agro, basadas en la producción mercantil simple, dirigida al mercado pero basada en trabajo personal y sin explotación de trabajo ajeno. Pero ya entrada la década de los '30 el escenario sufriría notorias transformaciones, marcadas por la creciente penetración del capitalismo en el campo. Ya para esa época el capitalismo dominaba en el conjunto del país: la población urbana superaba a la rural, el número de establecimientos industriales crecía aceleradamente y el mercado se había unificado facilitando la libre circulación de mercancías libre de trabas legales. Esas transformaciones irían cambiando sensiblemente la imagen del agro. Veamos las manifestaciones de ese cambio.

Por un lado, cambios en la agricultura. Tras la crisis del '30, se expanden los cultivos industriales, que se realizan de manera intensiva, con grandes inversiones y un mayor uso de mano de obra. Algodón, té, arroz, tung, vid, tabaco, yerba mate y caña de azúcar, son algunos de ellos. Viñas reconoce que, efectivamente, en la década del '60 algunos

entraron en crisis, siendo los más visibles la producción de caña de azúcar y la producción algodonera. Sin embargo, discute que ello sea resultado del atraso. Sería, en realidad, producto del “desarrollo en el sentido de más capitalismo”: lo que se observa, por el contrario, es el aumento de la productividad y la mayor incorporación de capital constante en maquinarias, abonos e hibridación de semillas.<sup>3</sup> Ello produce la expulsión de productores y desempleo, pero esa es justamente la tendencia normal del capitalismo. La evidencia con la que generalmente se sostiene el supuesto estancamiento, es el desempeño de los cereales tradicionales (trigo, lino y maíz). Sin embargo, Viñas muestra que la tendencia general es otra: si se toma la producción agrícola en su conjunto, se verifica un aumento de la producción. Recuerda que ya Lenin había advertido que el desarrollo de la agricultura no podía seguirse evaluando el movimiento de los mismos productos, dado que la tendencia normal de la agricultura comercial era el paso de un tipo de producción a otro. Justamente, mientras que cereales tradicionales como el lino sufrieron una caída rotunda (de 17 millones de toneladas en 1930-1940 a 6 millones en 1960-1970), otros no tradicionales tuvieron un despegue notable como el girasol (de 782.000 toneladas en 1965-1968 a 1.180.000 en 1970-1971) e incluso cereales tradicionales tuvieron un buen desempeño aunque con altibajos anuales como el trigo (6.337.219 toneladas en 1930-1940 y 7.969.000 en 1965-1968). Esta evolución se explica porque la demanda del mercado volvió atractivos ciertos cultivos que, consecuentemente, recibieron mayores inversiones y mejores tierras. A la inversa de la lectura del grueso de la izquierda, la repetición de los mismos cultivos año a año sería muestra de tradicionalismo.

Las mismas salvedades pueden hacerse cuando se señala un estancamiento relativo del desempeño de la pampa húmeda. Si bien esto es cierto (el área pampeana progresivamente representa menos porcentaje del total del valor producido en el país), su contratara es la introducción de la agricultura industrial fuera de la región pampeana. Dicho de otro modo,

“si en la región pampeana se profundizó el capitalismo, fuera de ella penetró y se expandió vigorosamente modificando un paisaje económico que se repite aún como un

---

<sup>3</sup>En la producción de caña de azúcar hacia 1965 se producían 60.000 kilos por trabajador, lo que se elevó a 79.700 en 1968. Para el algodón, el rendimiento por hectárea pasó de 234 kilos en 1957-67 a 246 en 1968. (Ídem, pp. 40-41).

tópico pero que ya no responde a la realidad: el carácter no capitalista del agro argentino fuera de la zona pampeana.”

Las causas de estos cambios se encontrarían en la expansión continua del mercado interno, que generó mayor demanda, y en el mercado externo, donde desaparecieron los compradores (Inglaterra y Europa Occidental) de productos tradicionales (carne, cereales, lanas y cueros) e incluso en esos rubros surgieron importantes competidores mundiales. Ello explica los cambios en los niveles de producción de los distintos cultivos.

En cuanto a la ganadería, Viñas encuentra un proceso semejante. Así como en la agricultura, como producto de la mecanización, mejora de herbicidas y fertilizantes, etc., se habría producido un notable despegue de la productividad que volvería inútil la evaluación según la magnitud de la superficie sembrada; en el caso de la ganadería no alcanza con contar cabezas, dado que se habrían producido importantes innovaciones en la mestización y refinamiento del ganado, el mejoramiento de las provisiones de agua, nuevas técnicas como la inseminación artificial y el uso de alimentos balanceados. El ganado vacuno luego de un prolongado aumento, alcanzó un estancamiento relativo (37 millones en 1922, 41 en 1947 y poco más de 49 para los comienzos de la década del '70), pero como contrapartida se habría dado un avance progresivo de la lechería (4 millones de animales lecheros en 1930 contra 6 millones en 1960). Esto, gracias al creciente uso de ordeñadoras, desnatadoras, proliferación del tambo, etc.

De este modo, Viñas intenta mostrar que el agro argentino estaba lejos del estancamiento, la descapitalización y el atraso.

#### *b. Tecnificación*

En líneas generales, Viñas verifica que el agro ha mantenido un ritmo de capitalización, lo que se observa tanto en el crecimiento de los millones de pesos invertidos en actividades productivas agropecuarias, así como en el capital constante por hombre activo que, medido en pesos de 1950, alcanzaba la cifra de 3.178 para 1920-1924, para elevarse a 17.780 en 1955, evidenciando un considerable incremento de la composición orgánica del capital. Una de las muestras más claras de esa capitalización ha sido la expansión del tractor, cuyas unidades se estimaban en 17.485 para 1937, y para 1962 alcanzaban las 108.548. Mientras que en 1947 se contabilizaba un tractor cada 873



hectáreas, en 1965 esta cifra se había reducido a 187,3. El autor reconoce que su distribución no es pareja a lo largo y ancho de todo el país, lo que indicaría un desarrollo desigual, pero a renglón seguido afirma la necesidad de contemplar que no toda maquinaria es susceptible de ser usada en cualquier cultivo. Así, por ejemplo mientras se nota una diferencia significativa en el uso del tractor a favor de las áreas cerealeras con respecto al resto del país, esa brecha se achica notablemente al atender solo a los tractores de hasta 25 HP, es decir, tractores livianos más aptos para cultivos no cerealeros. Asimismo, provincias “pobres” como Chaco poseen un tractor cada 165,6 hectáreas, mientras que Buenos Aires tiene uno cada 238,7. Lo que demuestra que en las supuestas zonas atrasadas conviven, junto a la pequeña producción, establecimientos altamente capitalistas. Más difícil sería evaluar el incremento de otras herramientas como arados, segadoras y trilladoras, producto de que no solo han dado un gran salto sino que se han complejizado y especializado. Sumando los arados de propulsión a motor y de tractor (170.000), los de tracción a sangre de manquera (372.571) y los de discos múltiples (237.469), se llega a la cifra de 780.040 para 1960. Si se tiene en cuenta que para ese mismo año se contabilizaban 471.756 explotaciones rurales, la difusión de los implementos agrarios resulta muy generalizada. Asimismo, se denota un crecimiento de los rodados (automóviles, camiones, acoplados y semiacoplados).

En otro rubro se verifica un incremento notable de inversión que redundó en un incremento de la productividad: el uso de químicos, la hibridación de semillas y el refinamiento, por mencionar algunos. Cuantificándolo, el uso de fertilizantes pasó de 70.000 toneladas en 1961 a 147.000 en 1965. Lo mismo ocurre en insecticidas, fungicidas y herbicidas cuyas toneladas pasaron, tomando como índice 100 para el año 1966 a 296, 263 y 506 respectivamente, para 1970.

Tanto la implementación de maquinaria como la innovación química han redundado en un incremento de la productividad general: la productividad promedio del trabajador rural se elevó un 20% de 1945 a 1960-1964. Esto, señala Viñas, no ha sido privativo de las grandes explotaciones, por caso para 1952 las explotaciones de entre 25 y 100 hectáreas empleaban el 49,5% de los automotores, el 37,7% de las cosechadoras y el 43,9% de las juntadoras de maíz. Ello echa por tierra la tesis según la cual la pequeña extensión es el lugar natural del campesino pobre no explotador. Dicho de otro modo “el carácter de nuestro campesino debe ser analizado a la luz de la economía de nuestro país, y no con los criterios válidos para la China prerrevolucionaria, la Rusia zarista, o los países realmente atrasados de la época actual.”

c. *Clases sociales*

Otro de los elementos que Viñas evalúa para determinar la existencia o no de capitalismo en el agro argentino, es el peso del trabajo asalariado. Esto, sin embargo, debe partir de un señalamiento general: el incremento de la productividad, como se ha visto en el apartado anterior, tiende a expulsar mano de obra. En efecto, es una ley del capitalismo la disminución de la proporción de población agrícola. Mientras que en Estados Unidos la población rural activa es del 11,6%, en un país “atrasado como Haití” es de 71,6% y en la Argentina es de 25,2% para 1957. La evolución reciente del país, sin embargo, es a la baja de la población rural activa, con un 29% (2.200.000 personas) en 1950 contra un 19% (1.500.000) en 1960.

Intentando discernir el peso del proletariado en la población rural, Viñas utiliza las categorías de campesinos (incluye estancieros medios y chacareros ricos y pobres y los miembros de su familia, que el censo registra como empresarios que atienden su parcela, más no sea solo en tareas de vigilancia y no trabajo directo) y la de asalariados (asalariados y semiproletarios). Categorías que, admite, resulta obligado a utilizar por la forma en que están confeccionados los censos. A partir de ello muestra que los “campesinos y miembros de su familia no asalariados” representaban en 1914 un 70,8% de la población rural, mientras que para 1957 son ya un 25%. Movimiento inverso realizan los “asalariados permanentes y transitorios”, que evolucionan de un 29,2% a 75%. Es decir, que si en términos generales se produjo una caída de la población agrícola, el peso de los asalariados se vuelve mayor y disminuyen los “campesinos”. Todo ello en un contexto de incremento de la superficie explotada y el aumento del número de explotaciones.

Intentando darle magnitudes a las clases, Viñas estima en 26.400 los burgueses (con propiedades de más de mil hectáreas), casi 690.674 mil “campesinos” y 1.200.000 los proletarios para 1960. A esta cifra llega a partir del censo de ese año, que estipula “productores” en 417.360, familiares no remunerados en 273.314, familiares remunerados en 262.922, ajenos en 319.802 y transitorios en 212.582. Trabajando con la hipótesis más adversa, sostiene que las categorías de “productores” y “familiares no remunerados”, corresponden a “campesinos”. Por su parte, los “familiares remunerados” son en sentido estricto obreros, en cuanto que producen plusvalía y son libres de vender su fuerza de trabajo. Si bien parte de ellos podría tratarse de

semiproletarios, es decir que explotan su propia parcela pero trabajan temporariamente como asalariados, esto no modifica su contabilización como proletarios, toda vez que son un sector que debe ser conquistado por el proletariado. Sumando así “familiares remunerados”, “ajenos” y “transitorios”, se llega a la cifra de 795.306. Sin embargo, el censo subestima notoriamente los trabajadores transitorios porque consigna solo los de una semana y no de todo el año. Por ello toma como válida la cifra, haciendo uso de otras estadísticas, de 1.200.000, a la que llegaría, aproximadamente, triplicando los cómputos de transitorios según el censo.

Ahora bien, no satisfecho con mostrar el predominio de los asalariados en el campo por sobre los “productores”, Viñas intenta separar la paja del trigo para cuantificar la presencia de pequeña burguesía pobre dentro del “campesinado”. Esta operatoria tiene una intención política: la pequeña burguesía no explotadora puede ser conquistada por el proletariado, mientras que aquella que explota trabajadores solo ocasionalmente “neutralizada”. Para ello debe cruzar los censos con datos del CONADE. Los estudios de este organismo dividen las explotaciones en sub-familiares (hasta 200 hectáreas), familiares (201 hectáreas), multifamiliares medianas (1735 hectáreas) y multifamiliares grandes (7520 hectáreas). Mientras que en las sub-familiares se estiman 260.000 “trabajadores permanentes no asalariados”, en las familiares la cifra está en 96.000 más 298.600 asalariados permanentes y en las multifamiliares (tanto medianas como grandes) los propietarios y sus familias no trabajan y contratan 154.000 asalariados. De modo que los “campesinos pobres y medios”, es decir, aquellos que no explotan trabajadores permanentes se reduce a la primera categoría, es decir, el campo argentino alberga a 260.000 “campesinos”. Con todo, es probable que dentro de ese número se encuentre una proporción de explotadores de fuerza de trabajo transitoria. Por caso, el CONADE registra que el 26% de la mano de obra de las explotaciones sub-familiares es aportada por trabajadores asalariados ajenos transitorios. Con cálculos muy conservadores, el autor estima en 30.000 los campesinos pobres y medios que combinan su trabajo personal con el de asalariados transitorios. Además, debería descontarse un número de muy difícil estimación, correspondientes a campesinos “que utilizan maquinarias en cierta escala sin emplear mano de obra asalariada; es decir, que se han capitalizado merced del trabajo familiar.”<sup>4</sup> Finalmente, otra observación necesaria aunque difícilmente cuantificable, es que dentro del conjunto de los “campesinos pobres” se encuentra una cantidad de semiproletarios, que los censos registran como

---

<sup>4</sup>Ídem, p. 97.

“familiares no remunerados” pero que no estipula si requieren de proletarizarse ocasionalmente para sobrevivir durante todo el año.

Finalmente, ¿qué dicen estas cifras para Viñas? Que no estamos frente a un agro donde primen las relaciones “campesinas” y el proletariado sea minoritario. Las consecuencias políticas de ello son evidentes: el proletariado solo necesita trabar relaciones con su aliado natural, el “campesino” no explotador. Como ambos son mayoría numérica, bajo ningún punto de vista es necesaria una alianza con explotadores.

#### *d. Tenencia de la tierra*

Finalmente, el último elemento que Viñas toma para evaluar el grado de desarrollo capitalista en el agro argentino son las formas de tenencia de la tierra. Lo primero que hace el autor es cuantificar el fenómeno. De las 471.156 explotaciones que registra el censo de 1960, 233.998 corresponden a propietarios, 65.715 son arrendadas, en mediería, tantería y aparcería aparecen 12.046, ocupadas gratuitamente 15.923, tierras fiscales 40.261, formas mixtas en 32.244<sup>5</sup> y sin especificar 69.969. Es decir, 369.551 explotaciones capitalistas contra 101.605 “atrasadas” (así las caracterizaban partidos como el PCR)<sup>6</sup>, estas últimas representarían entonces entre un 22 y 23% del total. Un número que parece elevado pero que, por ejemplo, se corresponde con el nivel que Estados Unidos detentaba en 1910. Sin embargo, medido en cantidad de hectáreas las “formas atrasadas” se reducen al 13%,<sup>7</sup> lo que indica que tienen un menor peso en cuanto al total de la producción.

Seguidamente, Viñas analiza en detalle las formas de tenencia. Estudiando el caso particular de Mendoza, Viñas demuestra que los aparceros no son necesariamente campesinos empobrecidos, sino grandes o medianos burgueses o incluso pequeños capitalistas. Es decir, que no se puede derivar de una forma de tenencia una relación social unívoca. Esto muestra que

---

<sup>5</sup>Dentro de ellas se distingue: 28.224 que son parte en propiedad, parte arrendada; 3.667 parte en propiedad y parte en mediería y tantería; y, 1.353 parte en propiedad y parte en ocupación de tierras fiscales.

<sup>6</sup>Al número de formas capitalistas llega sumando las que están en propiedad, en arriendo, tierras fiscales, mixtas entre propiedad y arriendo y entre propiedad y fiscales. Las atrasadas contemplan los ocupantes gratuitos y las formas de aparcería, mediería y tantería, sumado a las que presentan formas mixtas con alguna de estas variaciones. Nuevamente, se trata de cálculos conservadores operando siempre con la hipótesis más adversa.

<sup>7</sup>En total se registran 175.142.479 hectáreas, de las cuales 23.459.231 están bajo formas atrasadas de producción.

“alejados de la realidad están quienes limitan sus observaciones sobre el campo a hablar de ‘pobres campesinos’, ‘formas semif feudales’, etcétera, y a llorar sobre la suerte del arrendatario y el aparcerero. [...] Aunque la aparcería es una forma atrasada en la producción, no puede asimilarse sin más ni más a las relaciones estrictamente pre-capitalistas en una sociedad en cuyo agro domina el capitalismo. Estamos más bien ante una forma de transición hacia el pleno dominio de relaciones capitalistas.”

En sintonía con ello, Viñas combate la idea de que el imperialismo es promotor del atraso. Sosteniendo la tesis opuesta considera que donde el imperialismo penetró de modo más directo es donde las relaciones de producción capitalista se desarrollaron más ampliamente, siendo ese el caso de la zona pampeana. Dicho de otra manera, no liquida relaciones capitalistas sino que las crea. Así, lejos de sentar las bases para una potencial alianza entre la burguesía y el proletariado en defensa del desarrollo nacional, el imperialismo generaría la universalización de la lucha de clases, planteando la revolución socialista en todos los países.

La última cuestión que el libro aborda sobre tenencia de la tierra, es la relación entre propietarios y arrendatarios. En tal sentido afirma que la tendencia observable en la Argentina es al incremento de los propietarios, que en el plazo 1914-1960 se habrían casi duplicado. Ello fue resultado de dos elementos que torcieron la tendencia general del capitalismo al incremento del arrendamiento: la incorporación de nuevas tierras a la producción, y las medidas de los gobiernos de turno tendientes a la subdivisión y la entrega de tierras fiscales en propiedad.

En cuanto a los arriendos, tal como se mencionó para la aparcería, no se puede hacer una traslación automática entre tenencia de tierra y relación social. No todos los arrendatarios son iguales, los hay pequeños y los hay latifundistas, e incluso los hay propietarios-arrendatarios. Por caso, en provincias donde las explotaciones tienen en promedio más de mil hectáreas (Chubut, Mendoza, Neuquén, Río Negro, Santa Cruz y Tierra del Fuego), se encuentra una misma proporción de latifundistas arrendatarios así como propietarios, mientras que en provincias donde prima el minifundio (Tucumán, Jujuy, Misiones y Santiago del Estero) el porcentaje de arrendatarios es apenas superior al 15%. De manera que “el mito del arrendatario pobrísimo no es sino eso: un mito”. Igual carácter mítico tiene la afirmación del peso del arrendamiento en especies, que no supera las 4.000.000 de hectáreas.

A modo de síntesis, Viñas concluye que la Argentina es una sociedad capitalista industrial, cuyo mercado está unificado, y donde su agro se caracteriza por las relaciones capitalistas de producción, siendo las clases fundamentales la burguesía y el proletariado. El campesino, que predomina en algunas zonas, es un pequeño burgués que produce para el mercado, siendo la producción para la subsistencia algo muy excepcional. No es posible “como lo hacía Mao respecto a China” englobar bajo la categoría de “campesino” a aquellos que explotan trabajadores de los que lo hacen esporádicamente, puesto que en las condiciones de nuestro país esa contratación temporal de trabajadores exige un mínimo de capital y la posesión de instrumentos de trabajo de cierta magnitud, única manera de que la contratación de terceros sea justificada económicamente. A los campesinos pobres, es decir, no explotadores, puede neutralizárselos e incluso atraerlos a la causa del proletariado. De éste, el aliado natural es el semiproletariado, que a pesar de tener parcela (propia o familiar) necesita proletarizarse durante el año. En cuanto a los campesinos medios, explotadores temporales, si bien son afectados por la pauperización, deben ser neutralizados. Los llamados campesinos ricos no son sino la masa de la burguesía capitalista, no habiendo ninguna distinción significativa entre propietarios y arrendatarios. Finalmente, se encuentran los latifundistas, grandes familias asociadas a los monopolios. De resultas de todo ello, la clase obrera es el sujeto mayoritario.

### **La Organización Comunista Poder Obrero**

Tal como señalamos algunas páginas atrás, en el contexto de disolución del MLN la regional cordobesa se alejó planteando posiciones solidarias con la caracterización que realizaba la tendencia liderada por Viñas. Mientras que éste, como hemos visto, emprendió la tarea de realizar un análisis sistemático ofreciendo una imagen bastante acabada del agro argentino, la organización que fundó –Acción Comunista- tuvo muy escasa incidencia en la lucha de clases en los ‘70. El caso de la OCPO, constituida en 1974 y cuyo núcleo central fue El Obrero (organización que se conformó sobre los restos de la Regional Córdoba del MLN), tuvo un menor desarrollo teórico en este punto, pero un notable alcance en su inserción e intervención política en la etapa, guiándose por tesis similares a las que planteara Viñas.

El Obrero se constituyó como tal a comienzos de la década del '70.<sup>8</sup> Desde sus inicios se demarcó del MLN tanto en estrategia como en programa. Respecto a lo primero, el eje estuvo puesto en la construcción de un partido revolucionario firmemente inserto en la clase obrera, privilegiando así el trabajo sindical frente a un MLN al que juzgaban ajeno a la lucha de clases real. En materia programática, el contraste también es absoluto: abandonando el programa de liberación nacional, se asumió uno socialista desde el cual se combatió a todas las posiciones que, en mayor o menor medida, conciliaban con el nacionalismo. En un temprano documento, firmado por El Obrero en 1970 y titulado *Acerca del carácter de la revolución en nuestro país*, dejaron en clara su posición, la cual se mantuvo intacta a lo largo de toda su historia e incluso posteriormente cuando conformaron la OCPO. Allí descartaban la posibilidad de una “revolución democrática”, la cual tenía detrás el supuesto de que la contradicción principal es la que enfrenta a la Nación contra el imperialismo para resolver el insuficiente desarrollo del capitalismo nacional, cumpliendo tareas burguesas (expropiación de los monopolios extranjeros, plena realización de la democracia, liquidación de la oligarquía) en alianza con una burguesía nacional que tendría cierto potencial revolucionario. En oposición a ello, El Obrero planteó una tesis innovadora, según la cual el camino ya estaba allanado para la realización de una revolución socialista donde se enfrentarían como clases fundamentales el proletariado contra la burguesía. Esta caracterización se basó en el análisis de tres elementos: el desarrollo de las fuerzas productivas, las relaciones de producción dominantes y la superestructura política.

Respecto al desarrollo de las fuerzas productivas, se evaluaba que el país había roto el esquema agroexportador, caracterizándose por una economía predominantemente industrial, aunque no firmemente asentada en la industria pesada, con un alto índice de concentración. En el ámbito agrario la situación sería más compleja. Habría supervivencias pre-capitalistas, pero no asociadas a resabios feudales o semif feudales, sino a formas de producción simple de mercancías, con baja explotación de mano de obra asalariada y escasa acumulación de capital. Asimismo, defienden que la existencia del latifundio, por el fenómeno de la renta, trabó la capitalización del campo y que existen fracciones de campesinado oprimido por terratenientes. Con todo, el peso de

---

<sup>8</sup>Para una aproximación general al programa y la estrategia de El Obrero, véase: Lissandrello, Guido: “La izquierda y el movimiento obrero: El caso de El Obrero en Córdoba (1970-1973)” en, *Razón y Revolución*, n° 21, Buenos Aires, 2011.

esos fenómenos no sería sustantivo, de manera que “la estructura del campo argentino es predominantemente capitalista, y no hay una verdadera Revolución Agraria [...] que cumplir.”<sup>9</sup> En cuanto a relaciones de producción, las clases sociales fundamentales serían proletariado y burguesía. En un documento posterior incluso aclararán: “la clase obrera más numerosa es la clase obrera, y *no el campesinado*, y no existe en nuestro país ninguna clase o sector de clase que no sea producto del sistema capitalista”.<sup>10</sup> En función de este balance, el partido revolucionario deberá arrastrar de tras de sí a “sectores del campesinado pobre, los aborígenes, los trabajadores del campo y la ciudad.”<sup>11</sup> En un documento posterior se afirma la necesidad también de alianzas con el campesinado medio, caracterizado no como “empresariado burgués en el campo”, sino como pequeñoburgués.<sup>12</sup> Con todo, la referencia aparece en un solo documento, de manera escueta y sin evidencia empírica, motivo por el cual es difícil evaluar a qué sector social podría corresponder esa alianza.

Finalmente, en cuanto a la superestructura política, el Estado argentino sería un estado burgués plenamente constituido y políticamente independiente, que no está ocupado militarmente por ninguna nación extranjera. Argentina no sería ni colonia, pues su gobierno no es una delegación de un poder político extranjero, ni una semicolonia, pues no asistimos a un país semifeudal, sin industria, atrasado y que depende de una metrópolis comercial. Esto quiere decir que la burguesía cumplió su tarea revolucionaria principal, por lo que “la bandera de la Liberación Nacional, es una bandera falsa para nuestro país”.<sup>13</sup> Justamente, ente los promotores de este tipo de programas se encontrarían sectores de la pequeña y mediana burguesía, dirigentes sindicales peronistas (como Rucci y Atilio López) y, más peligroso según *El Obrero*, partidos como VC y PRT.

Dado que han sobrevivido pocos registros documentales de *El Obrero* y la OCPO (incluso, muchos menos que otras organizaciones) y se trata de organizaciones que no han tenido continuidad hasta el presente (lo que hubiese contribuido a difundir sus documentos), es difícil reconstruir toda su intervención en la etapa. Con todo, nos interesa destacar su batalla contra posiciones que defendían la liberación nacional y, en particular, la consigna de reforma agraria, en dos instancias: como crítica al programa

---

<sup>9</sup>*El Obrero: Acerca del carácter de la revolución en nuestro país*, 1970, p. 2.

<sup>10</sup>*El Obrero: El programa de Sitrac-Sitram. Aportes para la discusión*, junio de 1971.

<sup>11</sup>*El Obrero: La situación política actual*, agosto de 1973, p. 7.

<sup>12</sup>*El Obrero*, 14/12/73.

<sup>13</sup>*El Obrero, Acerca...*, op. cit.



elaborado por los sindicatos clasistas Sitrac y Sitram, donde confluía casi toda la izquierda argentina, y contra el Encuentro Nacional de los Argentinos, comandado por el PC.

En ambos casos, con sus matices, El Obrero juzgó que sus programas se ubicaban en el campo de la revolución democrático burguesa. Retomando los planteos ya señalados, en un documento de crítica, la organización volvió a insistir que ese programa corresponde solo a países donde no hay un Estado burgués plenamente constituido, no hay unificación completa del mercado interno, la clase social más numerosa es el campesinado y la burguesía nacional es un mero apéndice intermediador del imperialismo. Características que no aplicarían a la realidad argentina. Lo interesante es la crítica que se realiza respecto del planteo de reforma agraria. Esa consigna “refleja los intereses de la pequeña burguesía agraria”<sup>14</sup> y como tal adquiere un carácter profundamente regresivo, toda vez que dividir las grandes unidades de gran capitalización es un paso hacia el descenso de la productividad. Incluso, en materia política sería sumamente peligroso pues “medidas como estas no pueden sino llevar al desarrollo de toda una capa de pequeños burgueses campesinos, que después se aferrarán a su mezquina parcela de tierra, significando un obstáculo”<sup>15</sup> “y la base más firme de la reacción burguesa, cuando el proletariado en el poder se plantee la socialización de la tierra.”<sup>16</sup> Justamente, esa es la tarea que estaría planteada: no la reforma, sino la colectivización agraria.

Esta posición no dejaba de ser consecuente con la que la organización esbozó sobre los monopolios industriales y la burguesía pequeña y mediana. Al igual que combatió la supuesta “cuestión agraria” por resolver en la Argentina, El Obrero también cuestionó el carácter “antimonopolista” de la revolución. Contra toda la izquierda, defendió que el monopolio era progresivo, en tanto que la concentración de la producción en complejos mayores, más tecnificados y de mejor productividad no hacen sino facilitar la socialización que debe llevar adelante el proletariado: “los grandes monopolios actuales, producirán maravillas en manos de la clase obrera.”<sup>17</sup> De este modo, las medianas empresas, “que cierran, que especulan, que desocupan y superexplotan”<sup>18</sup> a la clase

---

<sup>14</sup>El Obrero: *Encuentro de la burguesía nacional con los reformistas argentinos*, marzo de 1971.

<sup>15</sup>El Obrero, *El programa...*, op. cit., p. 10

<sup>16</sup>El Obrero, *Encuentro...*, p. 8.

<sup>17</sup>El Obrero, *El programa...*, op. cit., p. 10.

<sup>18</sup>*El Obrero*, 14/12/73.

obrera, deberán ser combatidas. No hacerlo, o lo que es igual, aliarse con ellas, sería desarmar a la clase obrera que trabaja en ese tipo de establecimientos.

Queda por hacer un señalamiento final. Este programa que esbozó El Obrero, se mantuvo incluso en la OCPO, conformada por varias organizaciones en 1974 y luego ampliada, con nuevos afluentes en 1975. Tal como se observa en el documento en el que sellan su unidad El Obrero, Lucha Socialista, Poder Obrero y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) la Argentina se caracterizó como un país capitalista, monopolista y dependiente cuya revolución debía ser socialista. Para el agro se ratificó que la estructura era “esencialmente capitalista, el proletariado rural es una de las clases más importantes [...] las explotaciones pre-capitalistas son escasas y de pobre peso económico y en su mayoría integradas al mercado nacional.”<sup>19</sup> En igual sentido, Dardo Castro, último secretario general de la OCPO, señala que en los grupos que conformaron la organización “se interpretaba que las insurrecciones urbanas de fines de los ‘60 cuestionaban profundamente las estrategias revolucionarias obrero-campesinas heredadas de las revoluciones soviética, china y vietnamita.”<sup>20</sup> En efecto, la OCPO fue crítica de la decisión del PRT de impulsar una guerrilla rural toda vez que las características de Argentina no eran análogas a las de China o Vietnam, donde había un bajo desarrollo capitalista, subsistencia de economías pre-capitalistas (incluso feudales o semif feudales) y donde la población era mayoritariamente rural. En un país de concentración urbana, evaluaba la organización, eran limitadas las posibilidades de establecer zonas liberadas en el campo.<sup>21</sup>

## **Conclusión**

Los planteos de Ismael Viñas en torno al desarrollo capitalista agrario en la Argentina, constituyen un aporte novedoso y a contrapelo del grueso de la izquierda que intervino en la lucha de clases de los ‘70. El examen que aquí hemos hecho de estas ideas, permite avanzar en el conocimiento de la diversidad de las propuestas políticas que se esbozaron en una década donde la cuestión de la revolución estuvo a la orden del día.

---

<sup>19</sup>El Obrero, Poder Obrero, Movimiento de Izquierda Revolucionaria y Lucha Socialista: *Hacia la construcción del partido revolucionario*, 24 de junio de 1975, p. 1.

<sup>20</sup>Castro, Dardo y Juan Iturburu: “Organización Comunista Poder Obrero”, en *Lucha Armada*, año 1, n° 1, diciembre-enero-febrero de 2005, p. 105.

<sup>21</sup>*El Obrero*, mayo de 1975.

Hemos visto que Viñas defendió la existencia de un agro en crecimiento, tanto en producción como en productividad. Ello como resultado de un avance en la tecnificación, la utilización de químicos, abonos, fertilizantes, etc., y, en particular, de la existencia de regímenes de tenencia de la tierra que no eran necesariamente “atrasados”, sino completamente compatibles con las relaciones capitalistas. Uno de sus señalamientos más importantes en este sentido, es el estudio de las clases sociales en el campo, defendiendo la centralidad allí de la clase obrera en detrimento de un “campesinado” minoritario.

Todo ello fue sostenido a partir de un estudio sistemático de la realidad, posibilitado por el análisis de diversas estadísticas a las que el autor echa mano, y que aquí hemos retomado muy parcialmente. Contrasta ello sensiblemente con el resto de la izquierda, que va desde Montoneros al PRT, pasando por el maoísmo (PCR y VC) y el trotskismo (Partido Socialista de los Trabajadores y Política Obrera). Estas organizaciones abogaron por la reforma agraria para el campo, que entregara la tierra a un campesinado que se creía mayoritario allí. Estas posiciones, sin embargo, fueron sostenidas sin evidencia empírica y, en general, apelando a las formulaciones de los padres fundadores de las corrientes en las que se referenciaban.

Por su parte, y encarnando parte de las ideas de Viñas, la OCPO alcanzó un desarrollo significativo en los ‘70, como lo muestra su influencia en grandes luchas obreras como Villa Constitución<sup>22</sup> y las Coordinadoras Interfabriles de la zona norte del Gran Buenos Aires.<sup>23</sup> Es notable que un partido constituido tardíamente, en un momento en que el nacionalismo estaba en auge, y el campesinismo impregnaba a buena parte de la izquierda, creciera con celeridad defendiendo posiciones completamente opuestas al clima ambiente.

---

<sup>22</sup>Santella, Agustín y Andrea Andujar: *El Perón de la fábrica éramos nosotros*, Desde el subte, Buenos Aires, 2007. En este estudio sobre el conflicto de Villa Constitución se sindicó a OCPO y al PRT-ERP como las organizaciones más influyentes.

<sup>23</sup>Löbbe, Héctor: *La guerrilla fabril*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2006; Werner, Ruth, Facundo Aguirre: *Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976*, Ediciones IPS, Buenos Aires, 2009. Ambos estudios muestran la presencia de OCPO en las Coordinadoras.